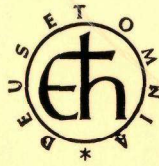


Josep Soler

EL EVANGELIO
SEGÚN SAN MATEO



BIBLIOTECA HERDER
SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA

BIBLIOTECA HERDER

SECCIÓN DE SAGRADA ESCRITURA
VOLUMEN 92

COMENTARIO DE RATISBONA AL NUEVO TESTAMENTO

Publicado bajo la dirección de
ALFRED WIKENHAUSER † y OTTO KUSS

con la colaboración de
JOSEPH FREUNDORFER †, JOHANN MICHL,
GEORG RICHTER, JOSEF SCHMID y KARL STAAB

1



BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1973

JOSEF SCHMID

EL EVANGELIO
SEGÚN SAN MATEO

BARCELONA
EDITORIAL HERDER

1973

Versión castellana de MERCEDES GONZÁLEZ-HABA, de la obra de
JOSEF SCHMID, *Das Evangelium nach Matthäus*,
Verlag Friedrich Pustet, Ratisbona 1965

Primera edición 1967
Segunda edición 1973

IMPRIMASE: Barcelona, 9 de octubre de 1972
†NARCISO JUBANY, arzobispo de Barcelona

© Verlag Friedrich Pustet, Regensburg 1965
© Editorial Herder S.A. Barcelona (España) 1966

ES PROPIEDAD

DEPÓSITO LEGAL: B. 37.711-1972

PRINTED IN SPAIN

GRAFESA — Nápoles, 249 — Barcelona

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs</u>
Siglas y abreviaturas	8
INTRODUCCIÓN	11
I. Los evangelios como fuente de la vida de Jesús. Su carácter literario y teológico. Su valor histórico	11
II. La cuestión sinóptica	22
III. El Evangelio según san Mateo	33
1. La tradición de la Iglesia antigua sobre el primer Evangelio y su autor	33
2. Contenido y estructura del Evangelio de Mateo	34
3. Características literarias y teológicas del Evangelio de Mateo	36
4. Círculo de lectores, tiempo y lugar de composición	47
5. Relación del Mateo griego con el original arameo	49
6. El decreto de la Pontificia Comisión Bíblica	50
Bibliografía	51
PRELIMINARES, 1,1-4,11	53
Sección primera: La infancia de Jesús, cap. 1-2	53
Sección segunda: Preparación de la actividad pública de Jesús, 3,1-4,11	84
PARTE PRIMERA: ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA, 4,12-13,58	103
El sermón de la montaña, cap. 5-7	109
Jesús taumaturgo, 8,1-9,34	235
La misión de los discípulos, 9,35-11,1	253
La incredulidad de los judíos, 11,2-13,53	273

Índice general

	<u>Págs.</u>
PARTE SEGUNDA: <i>JESÚS EN CONTINUO PEREGRINAR</i> , 14, 1-20,34	333
Sección primera: Jesús fuera de Galilea, 14,1-16,12	333
Sección segunda: Hacia la pasión, 16,13-20,34	353
PARTE TERCERA: LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JESÚS EN JERUSA- LEN, cap. 21-27	429
Sección primera: Últimas actividades públicas de Jesús, cap. 21-25	429
Sección segunda: La pasión, cap. 26-27	513
RESURRECCIÓN DE JESÚS Y MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS, cap. 28	544
ÍNDICE DE «EXCURSUS»	571

SIGLAS Y ABREVIATURAS

LIBROS DE LA BIBLIA

Abd	Abdías	Gén	Génesis	Nah	Nahúm
Act	Actos	Hab	Habacuc	Neh	Nehemías
Ag	Ageo	Heb	Hebreos	Núm	Números
Am	Amós	Is	Isaías	Os	Oseas
Ap	Apocalipsis	Jds	Judas	Par	Paralipómenos
Bar	Baruc	Jdt	Judit	Pe	Pedro
Cant	Cantar	Jer	Jeremías	Prov	Proverbios
Col	Colosenses	Jl	Joel	Re	Reyes
Cor	Corintios	Jn	Juan	Rom	Romanos
Dan	Daniel	Job	Job	Rut	Rut
Dt	Deuteronomio	Jon	Jonás	Sab	Sabiduría
Ecl	Eclesiastés	Jos	Josué	Sal	Salmos
Eclo	Eclesiástico	Jue	Jueces	Sam	Samuel
Ef	Efesios	Lam	Lamentaciones	Sant	Santiago
Esd	Esdras	Lc	Lucas	Sof	Sofonías
Est	Ester	Lev	Levítico	Tes	Tesalonicenses
Éx	Éxodo	Mac	Macabeos	Tim	Timoteo
Ez	Ezequiel	Mal	Malaquías	Tit	Tito
Fln	Filemón	Mc	Marcos	Tob	Tobías
Flp	Filipenses	Miq	Miqueas	Zac	Zacarías
Gál	Gálatas	Mt	Mateo		

APÓCRIFOS

ApAbr	Apocalipsis de Abraham
ApBar	Apocalipsis de Baruc
AsMo	Ascensión de Moisés
3Esd	Tercer libro de Esdras
4Esd	Cuarto libro de Esdras

Siglas y abreviaturas

1Hen	Primer libro de Henoc
Jub	Libro de los Jubileos
SalSl	Salmos de Salomón
Sibil	Oráculos sibilinos
Test XII	Testamento de los doce patriarcas
TestBenj	Testamento de Benjamín
TestLev	Testamento de Leví

OTRAS OBRAS CITADAS

<i>Adv. Marc.</i>	<i>Adversus Marcionem</i> (TERTULIANO)
<i>Adv. Prax.</i>	<i>Adversus Praxean</i> (id.)
<i>Ant.</i>	<i>Antiquitates Iudaicae</i> (FLAVIO JOSEFO)
<i>Apol.</i>	<i>Apologia</i> (san JUSTINO)
<i>bab.</i>	<i>Babilónico (Talmud)</i>
BI	<i>Bellum Iudaicum</i> (FLAVIO JOSEFO)
<i>C. Ap.</i>	<i>Contra Apionem</i> (FLAVIO JOSEFO)
<i>C. Gaud. Don.</i>	<i>Contra Gaudentium Donatistam</i> (san AGUSTÍN)
<i>Cat.</i>	<i>Catecheses</i> (san CIRILO DE JERUSALÉN)
<i>De Script. eccl.</i>	<i>De scriptoribus ecclesiasticis</i> (san JERÓNIMO)
<i>Dial.</i>	<i>Dialogus cum Tryphone</i> (san JUSTINO)
<i>Eph</i>	<i>Carta a los Efesios</i> (san IGNACIO DE ANTIOQUÍA)
<i>Haer.</i>	<i>Adversus haereses</i> (san IRENEO)
HE	<i>Historia Ecclesiastica</i> (EUSEBIO)
<i>jer.</i>	<i>Jerosolimitano (Talmud)</i>
<i>Peá</i>	Tratados <i>Peá</i> de la colección rabinica llamada <i>Mišná</i>
<i>Šabb</i>	Tratados <i>Šabbat</i> de la <i>Mišná</i>
<i>Sanh</i>	Tratados <i>Sanhedrin</i> de la <i>Mišná</i>

OTRAS ABREVIATURAS CORRIENTES

AT	Antiguo Testamento
NT	Nuevo Testamento
LXX	Versión griega del AT por los Setenta
cap.	capítulo(s)
com.	comentario
exc.	excursus
v.	versículo(s)
s	y el versículo siguiente
ss	y los dos versículos siguientes
par	y textos paralelos
cf.	confróntese

Siglas y abreviaturas

TRANSCRIPCIÓN DEL ALFABETO HEBREO

Se transcribe en la forma siguiente: ' , b, g, d, h, w, z, h, t, y, k, l, m, n, s, ' , pff, s, q, r, s, t.

NOTAS IMPORTANTES

En los textos bíblicos, los paréntesis () encierran palabras añadidas por el traductor, para mayor claridad; los corchetes [] versículos o partes de versículo que faltan en los textos más importantes.

En los títulos de los comentarios, el asterisco *, que precede a la cita de un texto paralelo, indica que allí es donde más se extiende el comentario de los textos en cuestión.

Para la traducción castellana del Evangelio de san Mateo que damos con el presente comentario (ajustada a las variantes textuales adoptadas y comentadas por el autor), se partió de una primera versión directa del padre Serafín de Ausejo, O.F.M. Cap., dispuesta como base de trabajo para la *Biblia Herder* en preparación.

INTRODUCCIÓN

I. LOS EVANGELIOS COMO FUENTE DE LA VIDA DE JESÚS. SU CARÁCTER LITERARIO Y TEOLÓGICO. SU VALOR HISTÓRICO

Jesús no escribió nada. Tampoco dio a sus apóstoles el encargo de consignar por escrito el mensaje de salud por él anunciado ni el de escribir la historia de su vida terrena. El medio que habían de utilizar los apóstoles para anunciar a todos los pueblos el Evangelio de Jesús era el de la palabra oral y viva, la predicación apostólica. Y para el cumplimiento de esta misión Jesús les prometió su ayuda permanente (Mt 28,20), así como la del Espíritu Santo (Act 1,8).

Antes, pues, de ser redactados por escrito los Evangelios, transcurrió cierto tiempo, durante el cual el εὐαγγέλιον (la «buena nueva» de la salud aparecida en la persona de Jesucristo) solamente fue predicado en forma oral. Sólo más tarde, cuando los inmediatos testigos de la vida y de la predicación de Jesús, que fueron, en su calidad de testigos de vista y de oídas, los primeros «ministros de la palabra» (Lc 1,2), se dispersaron por el mundo, surgió la necesidad de fijar por escrito el contenido de esta predicación, para trasmitirla a los contemporáneos y a la posteridad mediante ese valor perenne que lleva consigo la palabra escrita. De esta suerte, los libros escritos venían a sustituir a los primeros «ministros de la palabra».

El hecho de que la palabra εὐαγγέλιον, que en un principio designaba la buena nueva de la salud anunciada oralmente, pasara luego a designar también los escritos que la contenían, demuestra que la Iglesia primitiva estaba plenamente convencida de la identidad existente entre la predicación de los apóstoles y el contenido de estos escritos, y, por consiguiente, de que también éstos habían de contribuir a la difusión y a la conservación segura y estable del men-

Introducción

saje evangélico, de la revelación cristiana¹. Nacieron, pues, estos escritos en servicio de la misión cristiana primitiva y como fiel reflejo de su espíritu, a fin de despertar en unos la fe, y en otros confirmarla (cf. Jn 20,31).

Los comienzos del evangelio oral coinciden, cronológicamente, con los comienzos de la predicación apostólica, iniciada el día de Pentecostés (Act 2,14ss), y son una misma cosa con ella. Pero en la intención de los apóstoles no entraba la idea de presentarnos en su predicación una descripción completa, definitiva, orgánica, de la vida de Jesús, ni siquiera de su sola actividad pública. Lo que ellos pretendieron proclamar o «anunciar» fueron ciertas sentencias de su Maestro, sus parábolas, sus disputas, sus milagros, y, sobre todo, su muerte y su resurrección. La reunión de todos estos materiales sueltos y su correspondiente encuadramiento ambiental vinieron más tarde, cuando llegó la hora de ofrecernos una narración escrita.

El origen y la finalidad de los Evangelios determinan también su *forma literaria*, la cual no permite encuadrarlos en ninguno de los géneros entonces existentes en la literatura griega. Los Evangelios no pretenden ofrecernos una biografía de Jesús ni presentarnos una descripción de su personalidad². El interés histórico y biográfico queda relegado ante el interés didáctico religioso. Los Evangelios no persiguen ni un exacto orden cronológico ni un tratamiento exhaustivo de su materia (cf. Jn 20,30s); callan en absoluto sobre la mayor parte de la vida de Jesús, y los episodios que narran van por lo general añadidos asistemáticamente unos a continuación de otros, sobre todo en Marcos, el más antiguo de nuestros evangelios, o agrupados según la analogía de su contenido y ordenados en secuencias diferentes en cada uno de los evangelistas.

El interés cronológico está ausente de los Evangelios hasta tal grado, que basándose en los sinópticos resulta imposible determinar, ni siquiera en forma aproximada, la duración de la actividad pública de Jesús. Su interés se centra, en cambio, en el hecho particular. Los

1. Cf. com. a Lc 1,1-4.

2. Cf. com. a Act 1,1.

Carácter literario de los evangelios

Evangelios no contienen la historia de Jesús, sino narraciones históricas referentes a él. Sólo en el relato de la pasión se destaca de manera más decidida la concatenación de los diversos acontecimientos ³.

Pero precisamente en este punto deja verse con especial claridad la diferencia entre la manera de exposición evangélica y la de toda otra historiografía, ya que la pasión va narrada desde el punto de vista de que es voluntad divina y no humana la que determina su suceder. El interés topográfico (determinación exacta de localidades) tiene sólo importancia insignificante en los Evangelios, y no muestran tampoco los evangelistas interés en encuadrar la historia de la vida de Jesús en el acontecer general de la época. Sólo en Lucas encontramos un intento semejante, pero sin pasar apenas de un simple conato ⁴, ya que sus fuentes no le permiten avanzar mucho en este camino. La existencia de personajes como Herodes, Caifás o Pilato, queda supuesta, lo mismo la del sanedrín judío y la de los fariseos, saduceos y escribas, pero sin que sean en ningún pasaje caracterizados con mayor detalle. La mayor parte de las personas que entran en contacto con Jesús quedan en el anonimato; nada se nos dice del nombre del joven rico, del doctor de la ley o la hemorroisa.

Tales vacíos han sido llenados luego por la tradición apócrifa, que deja ver, en estas figuras, de esta manera, un interés de otro tipo, extraño a los Evangelios. Los discípulos de Jesús aparecen, asimismo, apenas con un carácter individual, fuera del caso de Pedro. Sólo por excepción queda a veces explicado brevemente, para lectores procedentes de la gentilidad, un uso judío ⁵. Sobre todo falta el enlace pragmático de los acontecimientos narrados de la vida de Jesús.

Por otra parte, los evangelios son prácticamente la única fuente que poseemos para el conocimiento de la vida de Jesús, de donde se concluye que no puede ser escrita una «vida de Jesús», en el sentido moderno, con la pretensión de conseguir una exposición histórica pragmática de la misma utilizando sólo el material trans-

3. Cf. la introducción a la pasión en Marcos

4. Cf. 1,5; 2,1; 3,1.

5. Mc 2,18; 7,3s.

Introducción

mitido históricamente. Tal empresa sería no sólo impracticable, sino que además, estaría totalmente desprovista de valor religioso, al lado de la finalidad de la exposición evangélica, que es poner de relieve el significado de la persona de Jesús en el hecho de la redención.

Según su forma literaria son, pues, los Evangelios algo nuevo (tampoco en el AT se encuentran verdaderos precedentes), un género aparte. Los Evangelios no son obras de arte literarias, debidas en su ser y su configuración a una personalidad literaria, sino *compilaciones*, consistentes en gran número de diversas unidades aisladas, narraciones referentes a Jesús o palabras de él. De ahí se explica también que sus autores sean anónimos. Ellos no fueron los creadores de esas diversas unidades aisladas, sino que las encontraron ya preformadas, contentándose con elaborarlas cuidadosamente según puntos de vista estilísticos, o también temático o didáctico. Lo que se les debe en la obra es, en esencia, sólo el marco en que han quedado reunidos en un todo los diferentes pasajes aislados. Este marco, en su mayor parte, no tiene como base la tradición, sino la actividad redaccional misma del evangelista; dentro de los Evangelios supone también la parte más reciente y es en sí un esquema artificial, como se prueba, de manera clara, confrontando entre sí los textos sinópticos.

Las *diferentes unidades* de que están compuestos los Evangelios muestran en cuanto a la historia de su forma una especial analogía con los relatos sobre frases, hechos y experiencias de los rabinos de la literatura de la tradición judía. Característica para la mayor parte de los relatos evangélicos es una extrema concisión en su forma, incluso en el mismo Marcos, a pesar de ser el que entre los sinópticos nos ofrece, por lo general, mayor colorido en sus descripciones y narraciones. Esta concisión de forma puede observarse de modo especialmente claro en los llamados paradigmas o apotegmas, en los que el relato de un episodio tiene sólo el fin de ir formando el marco para presentar alguna frase importante de Jesús, que no sería inteligible sin este requisito. En este género pueden incluirse también las llamadas discusiones, en las que en muchos casos no llega a desarrollarse, en la forma a nosotros transmitida, un verdadero diálogo: no se da la exposición de un tema determinado por medio de

una propuesta y su correspondiente réplica, sino que el papel del contrincante en la discusión es sólo el de provocar las palabras decisivas de Jesús.

Junto a estas breves formas narrativas, se da otro tipo, menos corriente⁶, designado por Dibelius con el término de *Novelle*, que se distingue por cierta amplitud de la exposición y por la viveza y el colorido del relato. También este género se basa en la fuente del recuerdo y no tiene necesariamente que suponer un grado tardío, secundario, de la tradición⁷. Entre estas dos formas de la tradición hay también grados intermedios.

La forma de las unidades particulares, de las que están compuestos los Evangelios, así como la forma literaria de estos en su conjunto, está determinada en un grado mucho más alto que por la individualidad literaria de cada uno de los evangelistas, por su finalidad religiosa didáctica, por el puesto que ocupaban en la vida (*Sitz im Leben*) de la comunidad primitiva. Los milagros son narrados por el poder de Jesús que en ellos se revela, las discusiones sirven en toda su composición para enmarcar alguna sentencia decisiva de Jesús⁸, de importancia aun para la comunidad primitiva en su afirmación ante sus adversarios judíos. Los distintos pasajes que, en Mateo, componen la historia de la infancia están conformados desde el punto de vista de la comprobación de las profecías del AT.

Para la mayoría de todos estos relatos es, con todo, característico la notificación de sólo los datos esenciales en la forma más concisa posible, lo cual contribuye precisamente a poner de relieve de manera clara la significación religiosa de su contenido.

La explicación del carácter literario de los evangelios aquí expuesta se debe sobre todo al método de la historia de las formas (*Formgeschichte*), cuyos principales creadores y más destacados representantes son M. Dibelius y R. Bultmann. Por el método de la historia de las formas se ha completado y en parte corregido la exégesis crícoliteraria llevada a cabo por la investigación en el siglo XIX.

6. Cf. Mc 4,35-5,43; 6,17-29; 9,14-29; Lc 24,13-35.

7. Cf. el comentario preliminar a Mc 4,35-5,43.

8. Cf. Mc 2,1-3,6; 11,27-12,37 y par.

Introducción

Este método parte del hecho incontrovertible de que el Evangelio, esto es, el mensaje sobre la persona y la obra de Jesús, fue transmitido en un principio, durante decenios, sólo en forma oral, y trata de dilucidar las leyes y motivos que actuaron en la configuración de esta tradición en un principio oral, deduciéndolos de los evangelios escritos conservados para nosotros. Los evangelios tienen su origen en la predicación paleocristiana —entendida la palabra en sentido amplio, como predicación misional, catequesis de la comunidad y polémica con el mundo judío—, y están a su vez al servicio de la misma. Esto quiere decir también que son un documento de la fe de la comunidad cristiana primitiva. Un interés puramente «histórico» (en el sentido de la historiografía moderna) por la persona y la obra de Jesús, no lo hubo nunca en la comunidad paleocristiana.

Los evangelios son pues literariamente distintos de las obras históricas griegas de su época, y su finalidad no es la historiografía; pero, así y todo, es claro que pretenden dar un contenido de carácter histórico y aun en más alto grado que las obras de historiografía griega contemporánea. Los evangelios no pretenden contar la vida de Jesús en forma biográfica, sino dar a conocer, predicar, la salvación aparecida con la persona de Jesucristo. Y ello lo hacen dando cuenta de lo que Jesús hizo y habló realmente según el testimonio de testigos de vista y oído, que en parte eran sus mismos autores. La figura de Cristo consignada en ellos es la de la fe paleocristiana, lo cual no quiere decir que tal imagen tenga que ser por ello falsa, creación de la fe de la comunidad misma, como si tal fe no pudiera ser entendida sino como capacidad creadora y transformante.

La cuestión de la *historicidad* de los evangelios constituye el problema central de la investigación sobre ellos. En el enjuiciamiento de este problema hay que partir de la relación existente entre los evangelios y la predicación misional paleocristiana. El contenido y el carácter de ésta última nos son conocidos por los Hechos de los apóstoles y las cartas del NT. Los discursos de Pedro⁹ y de Pablo¹⁰ transmitidos en los Hechos de los apóstoles tienen evidentemente, con-

9. Act 1,15-22; 2,14-36; 3,12-26; 4,8-12; 5,29-32; 10,34-43; 15,7-11.

10. Act 13,16-41; 17,22-31; 20,18-35.

Carácter literario de los evangelios

siderados en su conjunto, un fuerte carácter esquemático. En ellos, lo individual queda pospuesto a lo típico, con lo que dan una prueba de que el centro de la predicación misional paleocristiana no lo formaba el interés biográfico en cada uno de los hechos de la vida de Jesús en cuanto tales, sino la significación redentora de la vida, los hechos y las palabras de Jesús. La historia, aun cuando sea evidente su función de fundamento, está subordinada a consideraciones de orden religioso y a su servicio.

Esta observación, decisiva para la comprensión del carácter de la predicación misional paleocristiana, es también de importancia para un recto enjuiciamiento de los evangelios, cuyo carácter literario sólo por ella puede comprenderse. Precisamente por estar al servicio de la predicación misional, no pueden los Evangelios constituir, en el sentido corriente de la palabra, obras históricas, cuyo fin es únicamente consignar los datos históricos como tales. De ahí se explican sus lagunas materiales, la forma inconexa de sus pasajes, puestos simplemente unos a continuación de otros y la falta casi absoluta de interés cronológico.

Ningún fundamento histórico crítico ofrece el juicio de algunos eruditos modernos, de que precisamente este carácter de los Evangelios sea la señal más segura de que su contenido no puede ser histórico en sentido estricto, puesto que, según ellos, no hacen sino *dibujar una retocada imagen de Cristo, en cuya formación tienen parte, por igual, la historia, la leyenda y el mito*. Este juicio surge de una actitud dogmatista y ha sido formulado partiendo del prejuicio filosófico de que esa figura de Cristo, a causa de los rasgos maravillosos que la caracterizan, no puede corresponder a la realidad histórica. A semejante juicio tiene que objetarse el hecho de estar los relatos evangélicos vinculados a la tradición, destacado, en grado sumo, precisamente por los representantes del método de la historia de las formas. No sólo en el prólogo de Lucas (1,1-4) hallamos referencias a una tradición; también los discursos de Pedro consignados en los Hechos de los apóstoles remiten a lo que los oyentes mismos saben de la historia de Jesús ¹¹, y a lo mismo remite Pablo, al hablar de la

11. Act 2,22; 10,37ss.

Introducción

institución de la eucaristía (1Cor 11,23ss) y de las apariciones del Resucitado (1Cor 15,3ss), a la tradición de la comunidad primitiva, y puede, por ello, destacar la conformidad entre su predicación y la de los primeros apóstoles (1Cor 15,11). Cuando la elección del nuevo apóstol para completar el colegio de los doce (Act 1, 15-26), se insistió especialmente en que fuera escogido alguien que hubiera sido testigo de vista y oído de la vida y la predicación de Jesús. Esta estrecha vinculación a la tradición de los testigos de vista primeros es también una garantía de que el Evangelio no había sufrido ninguna transformación en su contenido a su paso al mundo helenístico. Sólo se cambió la vestidura exterior del idioma.

Esta uniformidad de la predicación cristiana primitiva basada en su relación con el testimonio de los testigos de vista y en la fidelidad al mismo, se infiere finalmente también de los Evangelios mismos. Una comparación de los tres sinópticos entre sí pone de manifiesto, que, a pesar de la diversidad de fines individuales, de disposición y conformación literaria, la figura de Cristo es la misma en los tres evangelistas, y que todos ellos se sirven de la tradición con gran respeto religioso, especialmente en lo que se refiere a las palabras del Señor.

El mismo principio que deja verse en la comparación de los textos paralelos de los sinópticos, puede suponerse también para la época que se extiende entre los evangelistas y los hechos mismos por ellos consignados. Es un hecho evidente que los evangelios pretenden dar noticia de hechos realmente históricos, también cuando narran sucesos milagrosos, y esta pretensión queda apoyada y sostenida por su conexión y enlace con la más antigua tradición evangélica.

Los tres evangelios más antiguos están además distanciados por sólo un breve espacio de tiempo de los acontecimientos mismos en ellos consignados y se basan en relatos de testigos de vista.

También en su contenido pueden verse muchos rasgos que tienen que ser considerados como signos inequívocos de su historicidad. El auténtico «olor de la tierra de Palestina» puede ser en ellos percibido a cada paso, y la exactitud objetiva de las situaciones en ellos descritas o presupuestas es comprobable por otras fuentes, principalmente judías (Flavio Josefo y la literatura rabínica).

Carácter literario de los evangelios

Los discípulos de Jesús no quedan idealizados, sino presentados sin prejuicios ni miramientos en la limitación de su mentalidad judía aún y su lentitud en la comprensión de la persona, la doctrina y la misión de su Maestro, sobre todo por Marcos. Una escena como la de la agonía de Jesús en Getsemaní, donde aparece pidiendo, con temblor y temor, que se aleje de él el cáliz de la pasión, no puede ser creación de piadosa fantasía, como tampoco el relato de la ignominiosa negación de Jesús por Pedro, momentos antes tan seguro de sí mismo.

También el pueblo judío queda caracterizado a lo vivo, en su constitución social y religiosa, en sus costumbres, afanes y esperanzas, así como en su actitud ante Jesús, surgida de todo ello. Exactitud histórica caracteriza también la exposición de las concepciones teológicas y de la práctica religiosa de los escribas y sus adeptos los fariseos, de los saduceos y de personajes como Herodes el Grande, Pilato y Herodes Antipas.

Los milagros de Jesús consignados en los Evangelios se distinguen en alto grado de los narrados en la literatura novelesca griega, entre la que tienen que ser contados también los Evangelios apócrifos y los diversos libros de Hechos de los apóstoles escritos en fecha tardía. Lo característico en los relatos de milagros en los Evangelios es precisamente la sobriedad y la reserva, que renuncia a toda clase de efectismo. Tal distinción puede ser considerada como accidental sólo por aquel que, a priori, considera como ahistóricos los relatos de milagros.

Con especial fidelidad y respeto para la forma del texto están transmitidas las *palabras* de Jesús. Sólo que hay que librarse en su enjuiciamiento de la idea de que los discursos largos, tal como se encuentran sobre todo en Mateo, sean unidades originarias y reproducción literal de lo que Jesús hubiera dicho en *una ocasión determinada*. La *forma* de las palabras de Jesús en los Evangelios (paralelismo de los miembros, reminiscencias e imágenes del AT, perífrasis del nombre de Dios, conclusiones de lo más fácil a lo más difícil, parábolas, contestación de una pregunta proponiendo a su vez otra), por su semejanza evidente con las de la tradición rabínica, denota que son genuinas y auténticas. Los elementos alegóricos exis-

Introducción

tentes en las parábolas de Jesús, que en el pasado se creyó tener que considerar como una señal de elaboración posterior, pueden, en efecto, acreditarse, en parte, como resultado de tal elaboración —el empleo de las parábolas para la parénesis de la comunidad—, pero tienen también sus paralelos en las parábolas de los rabinos.

Aun en la versión griega puede reconocerse claramente en muchas de las sentencias de Jesús su forma semítica originaria, y precisamente también en algunas de las que antes habían sido declaradas creaciones tardías ¹². Ciertamente que también en este punto se dan notables divergencias de forma en textos paralelos ¹³, pero, en general, concuerdan los Evangelios con mucha mayor exactitud en la reproducción de las palabras del Señor, que no en las partes narrativas ¹⁴.

Se puede pues observar, por una parte, que las palabras del Señor fueron tratadas en la tradición con particular respeto. De otra, la comparación de los textos paralelos muestra que raramente se da una coincidencia estrictamente literal de ellas en todos los evangelistas. El concepto de fidelidad literal estricta era extraño a la tradición cristiana primitiva y al variar la *forma* de un texto no se tenía conciencia de falsear su *sentido*.

También el interés teológico o religioso (su *Sitz im Leben*, según terminología del método de la historia de las formas), que motivaba la conservación de estas palabras de Jesús y la narración de sus hechos y de su destino, ha actuado de conjunto en la conformación de la tradición. La comunidad primitiva tomaba las palabras de Jesús como pronunciadas para ella, lo que trae consigo, de manera necesaria, que la forma de muchas sentencias de Jesús, tal como las encontramos en los Evangelios, refleje en sí la situación de la comunidad misma. Con frecuencia tienen también que ser desligadas las palabras del Señor, sobre todo en Mateo, de su contexto artificial, para que pueda ser entendido exactamente su sentido originario.

La mayor parte del material ofrecido por los evangelios no se encuentra sólo en uno de ellos, sino en dos o tres; algunos pasajes, en los cuatro. Este hecho no significa que tales pasajes posean mayor

12. Cf., por ejemplo, Mt 16,18s. 13. Cf. infra, p. 23s.

14. Cf., por ejemplo, Mt 11,21-23 = Lc 10,13-15; Mt 12,43-45 = Lc 11,24-26; Mt 23,37-39 = Lc 13,34s.

Carácter literario de los evangelios

grado de credibilidad histórica que los transmitidos por un solo evangelista, ya que los textos paralelos de los sinópticos no son independientes entre sí. Por otra parte, esta circunstancia de que los tres evangelistas más antiguos den cuenta, en su mayor parte, de los mismos hechos y dichos del Señor, mientras que «muchos otros milagros hizo Jesús ante sus discípulos» (Jn 20,30), significa, desde nuestro punto de vista actual, antes una ganancia que no una pérdida, ya que por la comparación de los textos paralelos se ofrece a la crítica la posibilidad de investigar, hasta el menor detalle, la forma en que los evangelistas han hecho uso de sus fuentes.

Los principios así descubiertos, según los cuales procedieron cada uno de los evangelistas, pueden ser después aplicados a la tradición evangélica en absoluto, también para la época transcurrida entre los evangelios que nos han sido transmitidos y los acontecimientos en ellos narrados. El mismo procedimiento permiten también los llamados dobles o duplicados, esto es, pasajes que dan cuenta dos veces de un mismo episodio según tradiciones distintas¹⁵.

En tales textos paralelos deja verse de manera clara y categórica, junto a la individualidad literaria y fines especiales de cada uno de los evangelistas, también su grado de fidelidad a sus fuentes. Así se comprueba por ejemplo, que Mateo y Lucas atenúan o suprimen del todo ciertos detalles narrados por Marcos con toda naturalidad, que parecen dañar la dignidad de Jesús o ser gravosos para los discípulos, procedimiento pedagógico que, a pesar de no estar de acuerdo con el ideal de la moderna historiografía, no, por ello, supone un falseamiento de la realidad.

Al observar que Mateo aprovecha siempre la ocasión de remitir al hecho del cumplimiento de la profecía del AT en la vida de Jesús, hay que tener en cuenta que tal interpretación teológica de la historia de Jesús va siempre superpuesta a la tradición misma, pero no la crea por su parte.

Y si Lucas muestra un especial interés en presentar a Jesús como el amigo de los pobres y el salvador de los pecadores, si le resultan

15. Cf., por ejemplo, Mc 3,22-30 = Lc 11,14-23; Mc 4,30-32 = Lc 13,18s; Mc 6,1-6 = Lc 4,16-30; Mc 8,11-13 [= Mt 16,1-4] = Lc 11,29-32 [= Mt 12,38-42]; Mc 9,42 = Lc 17,1s; Mc 10,11s = Lc 16,18

Introducción

de especial importancia los duros juicios de Jesús sobre la riqueza y los ricos y sobre el deber de la limosna, sólo es que se encuentran en su evangelio subrayadas y destacadas cosas que, en sí, aparecen también en Marcos, el más «ingenuo» y más libre de reflexión teológica de todos los evangelistas. El propio Lucas ha desposeído el Evangelio, en la medida de lo posible, de su trasfondo judío; ello no significa ninguna mutilación ni falsificación, ya que, al mismo tiempo, no lo ha helenizado¹⁶. Lo fundamental en los Evangelios, la figura de Cristo, es en los tres sinópticos lo mismo. Al pasar de un evangelista a otro posterior no se añaden rasgos más tardíos, de carácter divino. La afirmación de que Lucas, y hasta el mismo Marcos, dependan de la teología paulina está demostrada como errónea. La conciencia de su propia persona que Jesús pone de manifiesto en todas sus palabras y acciones, es la misma en todos los Evangelios.

En favor de la credibilidad de la imagen de Cristo presentada en los Evangelios abogan, y no en último lugar, la impresión total causada por ella, su armonía y grandeza sin par, la unión de rasgos enteramente humanos con otros sublimes y divinos. En ello radica el motivo por el que no puede haber sido creada por una conjunción de historia, leyenda y mito.

El Cristo de los evangelios, que es también el de la fe paleocristiana, no es otro que el Jesús histórico, y la imagen de él transmitida por los evangelios no encubre, por tanto, a la posteridad la visión del Jesús real y auténtico de la historia.

II. LA CUESTIÓN SINÓPTICA

En lo que alcanza nuestro conocimiento de la tradición, y de modo seguro desde la primera mitad del s. II, cuatro evangelios ni más ni menos, han sido reconocidos en la Iglesia como canónicos, es decir, como parte integrante de las sagradas Escrituras.

Ya Ireneo¹⁷ vio en este número cuatro de los evangelios, o mejor

16. Cf. la *Introducción* a Lc 6, hacia el final.

17. IRENEO, *Haer.* III, 11.8.

La cuestión sinóptica

en el carácter cuádruple del único evangelio, un imperativo providencial. Según el profeta Ezequiel, cuatro querubines dan apoyo al carro del Todopoderoso y, según el vidente del Apocalipsis, cuatro misteriosas figuras rodean también el trono de Dios. Todo ello supone una profecía del AT y una confirmación, en el Nuevo, de que, en la plenitud de los tiempos, el Señor será llevado por los ámbitos de la tierra sobre la cuadriga de los evangelios.

Entre los cuatro evangelios, los tres primeros, que son también los más antiguos en el tiempo, forman un grupo más estrecho entre sí, junto al cual el Evangelio «pneumático» o «espiritual»¹³ representa un tipo distinto de bien determinada fisonomía.

Desde J.J. Griesbach (1776) se acostumbra a dar el nombre de *sinópticos* a los tres más antiguos evangelistas, por mostrar tan amplias concordancias en la selección y ordenación del material y en la forma de su texto, y estar entre sí en una relación de parentesco estrecha, que, de colocar sus textos paralelos en columnas contiguas, se hace posible, mediante una «vista de conjunto» (*sinopsis*), una más exacta comprensión de los mismos. La existencia de analogías y diferencias entre sus textos constituye la cuestión sinóptica, que es desde mediados del siglo XVIII uno de los problemas más discutidos de la ciencia neotestamentaria en general. El estado de cosas a que la cuestión sinóptica hace referencia es con más detalle el siguiente:

1.º De los 661 versos (sin contar 16,9-20) de Marcos, el más breve de los tres sinópticos, sólo unos 30 son exclusivos a su evangelio. Todos los demás se encuentran también en Mateo y Lucas, o al menos en uno de ambos. Aparte del material que les es común con Marcos, ofrecen Mateo y Lucas aproximadamente unos 240 versos — esto es, más o menos 1/5 de cada uno de sus evangelios — en común, que contienen casi en su totalidad¹⁹ sólo palabras de Jesús.

El resto de Mateo (más o menos 1/4 de su obra) y de Lucas (aproximadamente 2/5 son exclusivos de cada uno de ellos.

18. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA citado por EUSEBIO, HE, VI, 14,7.

19. Aparte de la tentación de Jesús en Mt 4,1-11 = Lc 4,1-13, y la curación del criado del centurión de Cafarnaúm, Mt 8,5-13 = Lc 7,1-10.

Introducción

2.º El material común a los tres sinópticos, o a dos de ellos, aparece por lo general *en el mismo orden* en todos. Todos hacen comenzar la actividad pública de Jesús con la presentación y la predicación de penitencia de su predecesor, Juan Bautista; con el bautismo en el Jordán y las tentaciones de Jesús, y se limitan luego en la época que precede al viaje a Jerusalén para la fiesta de la pascua, en que fue crucificado, a Galilea y sus alrededores, no dando noticia alguna de los repetidos viajes de Jesús a Jerusalén y de su actividad en Judea, referidos por Juan ²⁰.

Lucas ofrece, aparte dos excepciones de poca importancia, todo el material que le es común con Marcos, exactamente en el mismo orden que éste.

Mateo presenta en la primera parte de su obra (hasta el capítulo 13) una ordenación distinta a la de Marcos (y Lucas), pero a partir del cap. 14, hasta el final, ofrece todos los pasajes comunes con Marcos en el mismo orden que éste.

Para poder enjuiciar, de manera exacta, el alcance de estas coincidencias en la selección del material, en las indicaciones del marco geográfico (Galilea) y en la ordenación, hay que tener en cuenta que se trata sólo de una selección hecha de entre un número mucho mayor de hechos y dichos de Jesús, cuyo escenario era, en parte, Judea y Jerusalén, y que la concatenación en que los sinópticos ofrecen los diferentes pasajes, no es de carácter tan estrictamente histórico que la coincidencia resulte de la realidad misma, sino, en gran parte, sólo de tipo casual.

3.º También en la *forma del texto* de sus relatos comunes concuerdan casi de continuo los sinópticos hasta en los más pequeños detalles en cuanto a terminología y construcción gramatical, y en general con mucha mayor exactitud en las palabras del Señor que no en las partes narrativas.

Junto a esto se encuentran también, y a veces dentro del mismo pasaje, diferencias de lenguaje más o menos grandes. No es siempre el caso que las diferencias se limiten a contenidos de poca importancia y al contrario las coincidencias, ya que frecuentemente las

20. Jn 2,13; 5,1; 7,14.

La cuestión sinóptica

diferencias no se limitan a las palabras ²¹, y, por otra parte, se dan muchas coincidencias en las frases secundarias ²², en palabras raras o en formulaciones poco usuales; cf., como ejemplo de tales conjunciones de analogías y diferencias en la forma lingüística, el padre-nuestro ²³, la curación de un paralítico ²⁴, o la parábola de los viñadores homicidas ²⁵.

De todo ello resulta que las coincidencias entre los Evangelios no pueden explicarse tomando por base el hecho de la inspiración de los evangelistas, ni pueden atribuirse a la exactitud de los relatos; esto último no cabe tampoco suponerlo por tratarse de *textos griegos*, esto es, de traducciones de discursos y relatos arameos.

Una solución efectiva del problema inherente a estos hechos tiene que explicar tanto las coincidencias en la selección del material, ordenación y en el lenguaje de los textos paralelos, como también sus diferencias. Ni en la Iglesia antigua, ni en la Edad Media ni tampoco a lo largo de siglos después, habían sido estas circunstancias sentidas como problemas. Se pensaba salir del paso con el supuesto de que los Evangelios habían surgido en el mismo orden en que están en el canon y que ninguno de los evangelistas había escrito su obra sin el conocimiento de la de sus predecesores.

El problema sinóptico no comenzó a ser visto como tal hasta finales del siglo XVIII. Los intentos de solución emprendidos desde entonces, son sólo de significación literaria y no también teológica, fuera de los pocos casos aislados en que entran en juego, de modo decisivo, puntos de vista histórico-dogmáticos. Pueden reducirse a tres tipos fundamentales: la hipótesis de un evangelio primitivo, la hipótesis de la tradición y la hipótesis de la utilización.

21. Cf. Mt 5,3-12 = Lc 6,20-26; Mt 5,25s = Lc 12,57-59; Mt 6,19 = Lc 12,33s; Mt 7,24-27 = Lc 6,47-49; Mt 10,26s = Lc 12,2s; Mt 10,37s = Lc 14,26s; Mt 18,12-14 = Lc 15,3-7; Mt 19,28 = Lc 22,28-30; Mt 23,25s = Lc 11,39-41; Mt 3,28s par; 9,33-37 par; 10,17s = Mt 19,16s; Mc 2,21 = Lc 5,36; Mt 12,24s = Lc 20,34-36; Mc 13 = Lc 21.

22. Cf., por ejemplo, Mc 2,10s par.

23. Mt 6,9-13 = Lc 11,1-4.

24. Mt 9,1-8 = Mc 2,1-12 = Lc 5,17-26.

25. Mt 21,33-46 = Mc 12,1-12 = Lc 20, 9-19.

Introducción

La *hipótesis de un evangelio primitivo*, fundada por Lessing (1778) y J.G. Eichhorn (1804), pone al principio de la tradición evangélica un primitivo Evangelio, hebreo o arameo, que, muy pronto, habría sido traducido al griego, de cuya elaboración serían resultado nuestros evangelios canónicos. Tal hipótesis basta para la explicación de las coincidencias de los sinópticos, pero no de sus diferencias. Esta hipótesis no ofrece explicación alguna de la existencia de dos genealogías y de dos historias de la infancia tan distintas como las ofrecidas por Mateo y Lucas, como tampoco ante el hecho de que Marcos hubiera pasado por alto casi todos los discursos más largos de Jesús, mientras que, por otra parte, ofrece también muchas sentencias del Señor. La hipótesis de un evangelio primitivo no tiene en la actualidad ningún defensor.

La idea central de la *hipótesis de la tradición* debida a J.C.L. Gieseler (1818) es la de la existencia, al comienzo de la tradición evangélica, de un evangelio procedente de los apóstoles, arameo en un principio, *no escrito*, pero estereotipado en su ordenación y en la forma de su texto. Esta hipótesis, que se remite a la extraordinaria memoria típica de los pueblos orientales y a la forma análoga de transmisión, al principio exclusivamente oral, de la tradición rabínica, puede apoyarse en un hecho incontrovertible: que el estadio más antiguo de la tradición evangélica fue oral ²⁶.

Por otra parte, parece recomendable también por el hecho, que ha llegado a conocerse por el método de la historia de las formas, de que la tradición que encontramos en forma escrita en los Evangelios sinópticos, estaba, ya en su estadio preliterario, modelada en formas fijas bajo el influjo del *kerygma* paleocristiano.

A pesar de ello no basta la hipótesis de la tradición, en opinión de la mayor parte de los exegetas modernos, para explicar las amplias coincidencias de los tres Evangelios en su estructura de conjunto, en la forma de su texto y, sobre todo, en la igual sucesión de los diversos pasajes, mantenida a veces a través de muchos capítulos. Precisamente el orden de los diversos pasajes particulares no pueden hacerse remontar al estadio preliterario de la tradición, sino

26. Cf. *supra*, p. 11s.

La cuestión sinóptica

que tiene que ser atribuido en su mayor parte al trabajo redaccional de los evangelistas.

La hipótesis de la tradición tiene además que pasar por alto —y ésta es objeción de no menor importancia— el testimonio más antiguo de la tradición, el prólogo del Evangelio de san Lucas, que habla de manera expresa de la existencia de muchos *escritos* evangélicos. Y si se reconoce, por ejemplo, a la relación existente entre Lucas y Marcos un carácter literario, entonces no puede ser explicada de otra manera, sin proceder con arbitrariedad, la que existe entre Mateo y Marcos. Aparte de esto, la hipótesis de la tradición no toma como punto de partida los hechos mismos, el problema que radica en la relación de los textos sinópticos entre sí, sino una consideración apologética de carácter apriorístico.

También su pretensión de ser la única teoría en la que queda suficientemente reconocida la individualidad literaria de cada uno de los evangelistas carece de fundamento, ya que la labor literaria de éstos sigue siendo la misma, tanto si depende de fuentes escritas o de un evangelio oral estereotipado, una especie de catecismo oral para misioneros; o mejor, pierde su valor en este último caso.

Por otra parte no puede afirmarse que la tradición evangélica estuviera estereotipada en el grado que supone la hipótesis de la tradición, como lo prueban las considerables diferencias que ofrecen hasta textos como el del padrenuestro ²⁷ y las palabras de Jesús al instituir la eucaristía (cf 1Cor 11,23s), que eran utilizadas en la liturgia paleocristiana. La hipótesis de la tradición no puede ser mejorada tampoco al combinarla con la teoría de la utilización, de la que vamos a hablar seguidamente. Semejante compromiso no hace sino quedarse con los puntos débiles de los dos intentos y renunciar al mismo tiempo a los fuertes, ya que las coincidencias y las diferencias en la forma de los textos paralelos se encuentran de manera continua en cada uno de los pasajes, unas inmediatamente al lado de otras. Y lo mismo puede decirse, si en lugar de atender a los pasajes aislados, se atiende al conjunto, en lo que se refiere a las concordancias y diferencias en la ordenación de los pasajes.

27. Cf. *Doctrina de los doce apóstoles* 8.2.

Introducción

Por estos motivos ha afirmado siempre su preponderancia, desde los comienzos de la cuestión sinóptica, la *hipótesis de la utilización*. Su tesis central es la de que los tres más antiguos evangelios están en una relación de parentesco literario entre sí. Ello permite una diversidad de supuestos.

Agustín, y tras él otros muchos, ha opinado que los evangelios posteriores dependen de sus predecesores, esto es, Marcos de Mateo, Lucas de Mateo y Marcos.

En cambio según la hipótesis de Griesbach (1789), que entre otros fue aceptada y fundamentada en la historia de los dogmas por la escuela de F.Ch. Baur (la crítica de las tendencias de Tubinga), sería Marcos el más moderno de los tres evangelios, y su obra sólo una compilación de la de Mateo y Lucas. K. Lachmann (1835) puso a Marcos a la cabeza y declaró a Mateo y Lucas dependientes de su obra. En otro caso supondría su Evangelio por la cantidad bastante inferior de material ofrecido, un extracto casi de ningún valor de Mateo y Lucas (o de uno de ambos), siendo incomprensible que hubiera hecho caso omiso de la historia de la infancia y de casi todos los discursos de Jesús y, en especial, de todo el sermón de la montaña. Todavía más importante, o mejor decisiva sin más, es la observación de que Marcos, en los pasajes que ofrece junto con Mateo y Lucas o con uno de ambos, ofrece la exposición más original y detallada, más rica en rasgos secundarios, «pintorescos» y también al mismo tiempo más torpe en la expresión lingüística.

Estos rasgos pintorescos, característicos de la exposición de Marcos, que en parte se encuentran, ya en el texto de Mateo, ya en el de Lucas, no pueden ser explicados como resultado de una elaboración posterior de la exposición de Mateo o Lucas, sino sólo como propios del relato más exacto y más originario; por otra parte es ley fundamental de toda lógica del lenguaje, que el escritor más tardío allana y mejora las incorrecciones de forma que encuentra en su fuente, y no al contrario, motivos que llevan a la conclusión de que Marcos tiene que ofrecer en todos estos pasajes el relato originario, esto es, el más antiguo.

Sólo con esta conclusión puede además aunarse la noticia de Pá-pías, de que Marcos haya consignado en su Evangelio la predicación

La cuestión sinóptica

de Pedro. Esta primacía de Marcos queda también afirmada en muchos detalles de su contenido²⁸.

A estos pasajes pueden añadirse todos aquellos en que los discípulos aparecen en Marcos a una luz desfavorable, habiendo, en cambio, Mateo y Lucas atenuado o suprimido del todo este rasgo. Con esto queda sólo probado que Marcos no puede ser un resumen o extracto de Mateo y Lucas. La tesis contraria, que Lucas depende de Marcos y ha utilizado su Evangelio como base para la construcción de su obra, está hoy casi fuera de discusión²⁹.

Semejante a la relación entre Lucas y Marcos es la existente entre el Mateo griego y Marcos. Mateo y Marcos ofrecen a partir de Mt 14 (= Mc 6,14) exactamente el mismo orden en los pasajes que les son comunes, de lo que se deduce la imposibilidad del supuesto de que ambos relatos sean independientes entre sí. Mateo, por regla general, ofrece una exposición más limada y concisa, en ocasiones simplemente esquemática³⁰. Por tanto, no puede ser Marcos el que dependa de Mateo.

La concordancia entre ambos no puede explicarse tampoco, por ejemplo, porque Marcos hubiera utilizado el original arameo de Mateo. Tal supuesto queda excluido por las numerosas coincidencias literales en el texto griego, en las que el texto de Mateo presupone siempre el de Marcos.

También el testimonio de Papías, mencionado anteriormente, sobre la relación de Marcos con la predicación de Pedro, excluye la hipótesis de que Marcos dependa del Mateo, arameo o griego. La comparación de los textos paralelos y de la estructura general de ambos Evangelios obliga más bien a la conclusión de que el Mateo griego ha incluido en su Evangelio la obra de Marcos casi en toda su extensión.

28. Cf., por ejemplo, Mc 4,38b = Mt 8,25 = Lc 8,24; Mc 6,5s = Mt 13,58; Mc 6,29-31 = Mt 14,12s; Mc 7,24 = Mt 15,21; Mc 9,11-13 = Mt 17,10-13; Mc 9,33-37 = Mt 18,1-5; Mc 10,17s = Mt 19,16s; Mc 11,23 = Mt 21,21; Mc 14,22s = Mt 26,16-22; Mc 15,6-10 = Mt 27,1-2; Mc 5,25s = Lc 8,43; Lc 20,39s presupone los v. 32 y 34 del pasaje de Mc 12,28-34, suprimido en su texto.

29. Cf. el com. a Lucas, *Introducción*.

30. Cf. 8,28-34; 9,18-26; 14,3-12; 17,14-21.

Introducción

Algo diferentes son los hechos en lo que se refiere a los aproximadamente 240 versículos comunes a Mateo y Lucas, independientemente del texto de Marcos. En Lucas se encuentran estos pasajes ³¹, en las dos grandes secciones intercaladas dentro de la estructura de Marcos ³². En Mateo van, en cambio, mezclados con el material propio de Marcos o reunidos en grandes composiciones oratorias.

La ordenación ofrecida por Lucas es en general la más primitiva, y la forma del texto es más originaria, unos casos, en Mateo ³³ y otros, en Lucas ³⁴, de donde resulta que la opinión antigua de que Lucas dependía, además de Marcos, también del Mateo griego, encuentra en la actualidad muy escasos partidarios ³⁵.

La no dependencia recíproca entre Mateo y Lucas queda además clara en el texto de las genealogías ³⁶ y de la historia de la infancia ³⁷ así como en el hecho destacado por Lachmann, de que ambos evangelios coinciden en el orden de los pasajes comunes (y en la forma del texto de los pasajes comunes con Marcos) sólo en tanto que éstos se encuentran también en Marcos.

Pero la gran extensión y la amplia coincidencia de la forma del texto en los pasajes comunes a Mateo y Lucas no puede ser explicada satisfactoriamente por la sola tradición oral y ello lleva a la conclusión de que Mateo y Lucas siguen en esta parte de su Evangelio una fuente común, que no nos ha sido conservada. Esta fuente redactada en lengua griega utilizada por ambos puede ser por su parte equiparada con una de las «muchas» traducciones del Mateo arameo a que se refiere Papías ³⁸.

Esto quiere decir también que el Mateo griego no puede ser una

31. Con la excepción de 3,7-9.15-18; 4,1-13 y 19,11-27.

32. Cf. Lc 6,20-8,3; 9,51-18,14.

33. Cf., por ejemplo, Mt 5,40 = Lc 6,29b; Mt 6,19s = Lc 12,33; Mt 23,13 = Lc 11,52; Mt 23,25s = Lc 11,39-41.

34. Cf., por ejemplo, Mt 8,5-13 = Lc 7,1-10; Mt 10,37 = Lc 14,26; Mt 11,19b = Lc 7,35; Mt 18,12-14 = Lc 15,3-7; Mt 22,1-10 = Lc 14,14-26; Mt 25,14-30 = Lc 19,11-27.

35. Últimamente M.C. BUTLER y A.M. FARRER.

36. Cf. com. a Mt 1,1-17.

37. Cf. el exc. tras Lc 2,52.

38. Citado por EUSEBIO, HE III, 39,16.

La cuestión sinóptica

simple traducción del original arameo, sino una elaboración del mismo, para la que se utilizó a Marcos, junto con la traducción del original arameo de que también se sirvió Lucas; el texto de Marcos sirvió al Mateo griego como base para la disposición general de su obra y, en gran parte, también para la forma de redacción de su texto.

Según una decisión de la Pontificia Comisión Bíblica ³⁹, hay que mantener que el Mateo griego «es idéntico en su esencia con el original arameo». Los exegetas católicos están de acuerdo en que tal decisión no pretende calificar al Mateo griego de una traducción literal del original arameo, y hacen observar, que la expresión «en su esencia» deja cierto margen a la discusión científica sobre la cuestión sinóptica. La coincidencia entre el Mateo hebreo y el griego no necesita en todo caso ser mayor que la existente entre el texto hebreo del AT y el de los LXX, que está en muchos pasajes muy lejos de ser una reproducción literal exacta del texto original.

Según la opinión de la mayor parte de los exegetas católicos ⁴⁰, es indiscutible la dependencia del Mateo griego con respecto a Marcos. Junto a los hechos antes aducidos, se basa este juicio en las siguientes observaciones: 1) la forma de los textos de ambos evangelistas concuerda en numerosos pasajes de manera literal ⁴¹; 2) también en el uso de algunas palabras griegas no comunes, que no aparecen por lo demás en los evangelios, coinciden frecuentemente los textos paralelos de Mateo y de Marcos; 3) de más fuerza probatoria es aún el hecho de que todas las citas del AT que aparecen en Marcos (a excepción de 1,2) se encuentran también en Mateo y en una forma que coincide en ambos textos con los LXX y se diferencia también en ambos, en la misma manera, de su versión. En las llamadas citas de reflexión en cambio, propias del primer evangelista, no sigue éste la versión de los LXX, sino una traducción independiente del texto hebreo.

39. Cf. *infra*, p. 50.

40. Por ejemplo Lagrange, Camerlynck, Sickenberger, Höpfl, Merk, Benoit, Levie y otros.

41. Cf., por ejemplo, Mt 9,6 = Mc 2,10; Mt 9,21 = Mc 5,28; Mt 10,4 = Mc 3,19; Mt 15,32 = Mc 8,2; Mt 22,16 = Mc 12,14; Mt 26,5 = Mc 14,2; Mt 27,18 = Mc 15,10.

Introducción

Estas coincidencias entre los dos textos no pueden explicarse sin el supuesto de una relación literaria entre Mateo y Marcos. Y Marcos no puede ser el texto subordinado, por los motivos antes mencionados y porque, según opinión general, el Mateo griego es más reciente que Marcos, todo lo cual lleva de manera necesaria a la conclusión de que el traductor griego de Mateo ha utilizado la obra de Marcos. Esta circunstancia hace explicarse en especial de manera clara y evidente la presencia de numerosos duplicados en el Mateo griego ⁴², que faltan en cambio en Marcos, con una sola excepción ⁴³.

De especial importancia para el análisis del Mateo griego y de su relación frente a Marcos y Lucas son aquellos pasajes en que Mateo ha fundido en una sola unidad dos relatos diferentes sobre *un mismo acontecimiento*, de los cuales está el uno en Marcos, el otro en Lucas (procedente de fuente distinta). Tal proceder puede observarse con especial claridad en el discurso de la misión de los discípulos ⁴⁴ y en el de Belcebú ⁴⁵.

Nuestro Mateo canónico no es, pues, una simple traducción del original arameo, sino una creación literaria autónoma, construida, al menos en lo capital, sobre fuentes *griegas*.

Una solución de la cuestión sinóptica que aclare todos los problemas de una manera exhaustiva puede decirse que no existe. Con todo, la forma de la hipótesis de la utilización últimamente expuesta, parece mostrarse suficiente para explicar los hechos de manera fácil y satisfactoria en todos sus puntos esenciales; esta teoría parte — único procedimiento que metódicamente se ajusta a la realidad — de los hechos mismos y explica las concordancias de los tres Evangelios en cuanto a la selección del material, ordenación del mismo y forma literal del texto.

Por otra parte, tiene realmente en cuenta el principio de que los evangelistas procedían como escritores en la utilización de sus

42. Cf., infra., p. 39s.

43. Mt 9,35 = 10,43s.

44. Mt 9,35-11,1.

45. Mt 12,22-37; cf., además 13,31-33; 16,4; 18,6s, y la anotación preliminar a 23,1ss; también 24,26-28.

La tradición de la Iglesia antigua

fuentes y no como simples copistas, lo que permite explicar, a partir de la individualidad de cada uno, las diferencias en todo grado posible, existentes en cuanto a la forma de los textos y a veces en la ordenación de los diferentes pasajes aislados. En fin, ofrece la ventaja de estar en consonancia también con el testimonio del propio Lucas (1,1-4) y con el de Papías sobre Mateo y Marcos.

III. EL EVANGELIO SEGÚN MATEO

1. *La tradición de la Iglesia antigua sobre el primer Evangelio y su autor*

El primer Evangelio no fue publicado, como tampoco ninguno de los otros tres, con el nombre de su autor. Sólo la tradición de la Iglesia antigua, a la que se remontan también los títulos de los manuscritos «según Mateo», «según Marcos», etc., nos atestiguan de manera unánime, que fue escrito por Mateo. El más antiguo testimonio es, lo mismo que para Marcos, el del obispo Papías de Hierápolis, en Frigia ⁴⁶, según el cual Mateo reunió «las palabras del Señor (*logia*) en lengua hebrea (esto es, aramea), y luego cada uno las interpretó lo mejor que sabía». Del nombre de *logia* aplicado al escrito de Mateo, no se sigue que contuviera sólo palabras y discursos de Jesús, y ninguna noticia sobre sus hechos y su pasión, ya que Papías designa también con el mismo término el Evangelio de Marcos. Ireneo ⁴⁷, Orígenes ⁴⁸ y otros muchos autores posteriores repiten, seguramente en dependencia de Papías, esta noticia sobre el original «hebreo» de Mateo.

Eusebio ⁴⁹ da cuenta de que Mateo predicó a los hebreos y les dejó, al salir de Palestina, su Evangelio compuesto en su lengua natal. El mismo Eusebio da noticia también ⁵⁰ de que Panteno,

46. Citado por EUSEBIO, HE III, 39,16.

47. San IRENEO, *Haer.* III, 1,1.

48. Citado por EUSEBIO, VI, 25,4.

49. EUSEBIO, HE III, 24,6.

50. EUSEBIO, HE V, 10,3.

Introducción

director de la escuela catequística de Alejandría († alrededor del 200), había encontrado un ejemplar de este Evangelio arameo en la «India» (= Arabia del sur).

El hecho de que el primer Evangelio canónico, escrito en griego, lleve en toda la tradición el nombre de Mateo, sólo puede explicarse en el caso de que sea una traducción o arreglo de aquel original arameo de Mateo.

La tradición de la Iglesia antigua está también unánimemente de acuerdo en que el autor de este Evangelio era el Mateo mencionado entre los doce en los catálogos de los apóstoles consignados en los evangelios⁵¹ y en los Hechos de los Apóstoles (1,13). Según Mc 2,14-17, Jesús invitó a un publicano de Cafarnaúm de nombre Leví, a abandonar su oficina de recaudación de impuestos y seguirle. El relato paralelo del primer Evangelio (9,9-11) le da el nombre de Mateo y caracteriza al portador del mismo nombre del catálogo de los apóstoles (10,3), con el sobrenombre de «el publicano», como el mismo recaudador de impuestos de Cafarnaúm. El hecho de que en Marcos (al que sigue Lc 5,27) se llame Leví, puede explicarse por el uso de dos nombres, corriente entre los judíos.

En los evangelios no vuelve a destacar de manera especial en ninguna otra ocasión. Las noticias de los escritores tardíos de la antigüedad cristiana sobre su vida ulterior, se contradicen entre sí y no ofrecen por lo mismo credibilidad histórica alguna.

2. Contenido y estructura del Evangelio de Mateo

Mateo da comienzo a su Evangelio, lo mismo que Lucas, con la *historia de la infancia* de Jesús (cap. 1-2). A su principio ofrece la genealogía de Jesús y, seguidamente, narra su concepción milagrosa y su nacimiento en Belén, el homenaje de los magos, la huida a Egipto, la matanza de niños de Belén y el traslado de la sagrada familia a Nazaret. Una segunda sección (3,1-4,11), que corresponde

51. Mc 3,18 par.

Contenido y estructura de Mateo

en su conjunto a Mc 1,1-3 = Lc 3,1-4,13, describe la preparación inmediata para la actividad pública de Jesús (la presentación de Juan Bautista, el bautismo en el Jordán y la tentación de Jesús). Estas dos secciones forman juntas los *preliminares* de la actuación mesiánica de Jesús.

Ya en el cuerpo del Evangelio, la *primera parte* (4,12-13,58), que corresponde en su conjunto a Mc 1,14-6,6a, describe *la actividad de Jesús en Galilea*. Tras el relato introductorio sobre la presentación de Jesús (4,12-17), la vocación de los primeros discípulos (4,18-22) y un sumario relato sobre los primeros éxitos de Jesús (4,23-25), sigue en dos grandes composiciones sistemáticas la presentación de Jesús como maestro (cap. 5-7: el sermón de la montaña) y como taumaturgo (8-9,34). A ello sigue como segunda mitad sistemática la instrucción de los discípulos unida con la misión de los doce (9,35-11,1). A continuación siguen una serie de pasajes, más largos o más breves, en simple yuxtaposición en los cuales se dejan ver claramente la incredulidad y la hostilidad encontradas por Jesús: Jesús y el Bautista (11,2-19), las amenazas a las ciudades galileas (11,20-24), la acción de gracias de Jesús y el «venid a mí» (11,25-30), Jesús en lucha con los fariseos (12,1-45), los verdaderos parientes de Jesús (12,46-50), el discurso de las siete parábolas (13,1-52), la repulsa sufrida por Jesús en Nazaret (13,53-58): Esta sección (11, 2-13,58) corresponde en su conjunto y en su estructura a Mc 2,23-6,6a, pero contiene en sí bastante mayor cantidad de material.

La *segunda parte* (14,1-20,34), no separada de la primera por ningún corte decisivo y que corresponde en líneas generales a Mc 6, 6b-10,52, describe el *desarrollo posterior de la predicación ambulante de Jesús*. Mateo va siguiendo aquí, paso a paso, a Marcos, fuera de algunas excepciones, en las que faltan en él pasajes de Marcos⁵² o, al contrario, ofrece pasajes que Marcos no tiene⁵³. Como en Marcos puede también en él dividirse esta parte en dos secciones: 1.ª Jesús fuera de Galilea (14,1-16,12); 2.ª Camino de la pasión (16,13-20,34).

52. Mc 8,22-26; 9,38-41.49s.

53. Mt 17,24-27; 18,10-35; 20,1-16.

Introducción

La *tercera parte* (21,1-27,56) la forman, al igual que en Marcos (11-15) y Lucas (19,28-23,56) los *últimos días de Jesús en Jerusalén* y va dividida, a su vez, en dos secciones: 1.ª Última actuación pública de Jesús (cap. 21-25); 2.ª la pasión (cap. 26-27). También en esta parte coincide el orden de los diversos pasajes exactamente con el de Marcos. Sólo falta Mc 12,41-44 (el óbolo de la viuda). Por otra parte vuelve a ofrecer Mateo aquí bastante mayor abundancia de material de palabras del Señor que Marcos⁵⁴. En la historia de la pasión no hay más que algunos pasajes nuevos: 27,3-10, el fin de Judas; la guardia del sepulcro, 27,62-66; además 26,25.50a.52-54; 27,19.24s.51b-53. El final del Evangelio lo forma el relato de la resurrección con la orden de misión y de bautismo. La unidad de su composición y, la uniformidad de principios que deja verse en sus diversas partes y la homogeneidad de su forma lingüística son clara prueba de que el Evangelio en su totalidad es obra constituida por una sola pieza, en que es imposible distinguir interpolaciones o adiciones posteriores.

3. *Características literarias y teológicas del Evangelio de Mateo*

1. Las características propias del Evangelio de Mateo quedan de manifiesto con especial claridad mediante una comparación con el de Marcos y el de Lucas. Mateo excede a Marcos en una considerable cantidad de material — 1068 versículos frente a 661 de Marcos — y no es muy inferior en extensión a la obra de Lucas (1149 v.). La mayor parte del material ofrecido por Marcos se encuentra también en Mateo, sólo, en cuanto se trata de pasajes narrativos, en una forma de exposición mucho más sucinta (v. infra). En el material ofrecido por Mateo y no por Marcos, aparte de la historia

54. Parábola de los dos hijos 21,28-32; parábola del banquete de bodas real 22,1-14; el discurso contra los fariseos y los maestros de la Escritura, y la profecía conminatoria contra Jerusalén cap. 23 (en lugar de Mc 12. 38-40); también el discurso de la parusía va aumentado por dos nuevas secciones (24,26-28.37-41) y a su final van añadidos varios pasajes de contenido análogo (24,42-25,46).

Características literarias de Mateo

de la infancia se trata, casi en su totalidad, de sentencias y discursos (entre éstos, 12 parábolas). De éste se encuentran unos 240 v., esto es, 1/5 de la totalidad de su Evangelio, también en Lucas, pero casi siempre en otros contextos, y una cantidad aproximadamente igual, esto es, unos 260 v., son exclusivos del primer evangelista.

El propósito principal de Mateo es presentar a Jesús como al maestro mesiánico de Israel, que proclama su nuevo mensaje «como quien tiene autoridad» (7,29). Por ello quedan en primera línea y en posición dominante las palabras y discursos de Jesús, y los pasajes narrativos y los milagros pasan a segundo lugar.

En este punto deja verse una distinción de principio entre el primer Evangelio y el de Marcos: es que los milagros, narrados con una gran plasticidad, ocupan el primer plano, y los discursos, aparte de algunas excepciones (cap. 4,7 y 13) van formando sólo una parte de la narración, en la que, por lo demás, se repite con frecuencia que Jesús enseñaba o instruía, pero sin que se nos dé el contenido de su instrucción⁵⁵.

También en la *estructura* de toda su obra se distingue Mateo de los otros dos sinópticos. Aunque tampoco Marcos ofrece una relación de tipo cronológico sobre el desarrollo de la actividad pública de Jesús, se puede con todo observar, en el principio con arreglo al que está ordenado su material, cierto proceso, que, en líneas generales, coincide seguramente con la realidad histórica de los hechos⁵⁶. También Lucas muestra cierto empeño en ajustar los datos que le ofrecían sus distintas fuentes en una narración claramente progresiva, en cuanto se lo permitía el carácter de esas fuentes, y concede, además, al punto de vista geográfico un significado decisivo en la estructura de su Evangelio. En cambio, el principio determinante de la estructura del Evangelio de Marco es de tipo claramente *sistemático*.

Mateo coloca unos junto a otros, en la medida de lo posible, pasajes que ofrecen entre sí algún contacto o analogía temáticos, sin tener en cuenta para nada su contexto o situación originaria

55. Cf. 1,21s; 2,2.13; 6,2.34; 10,1.

56. Cf. *Introducción* a Marcos, 3, hacia el final.

Introducción

histórica, formando con ellos nuevas y extensas unidades. En ello se pone de manifiesto tanto su capacidad literaria como también la libertad y soberanía con que maneja el material ofrecido por la tradición.

Este principio ordenador puede reconocerse sobre todo en las seis grandes composiciones oratorias de su Evangelio, el sermón de la montaña (cap. 5-7), la instrucción a los discípulos (9,35-11,1), el discurso de las parábolas (cap. 13), el discurso sobre el espíritu que debe animar al discípulo (cap. 18), el discurso contra los escribas y los fariseos (cap. 23) y el gran discurso escatológico (cap. 24-25). Mateo cierra todos estos discursos, con excepción del que se contiene en el cap. 23, con la misma fórmula final⁵⁷, hecho con el que hace patente al lector la importancia que les es propia dentro del plan de su obra.

En estos discursos van incluidos los temas fundamentales de la predicación de Jesús. Ninguno de ellos es una repetición del otro y todos juntos constituyen una unidad cerrada.

La sistemática que preside la composición de Mateo queda ya patente en los discursos, si se consideran aisladamente: los puntos de unión y las soldaduras son fáciles de reconocer y buen número de pasajes, sobre todo sentencias breves, no se adaptan sin violencia al nuevo marco asignado por Mateo⁵⁸. Más claros quedan aún estos hechos procediendo a una comparación con los otros dos sinópticos, en los cuales se encuentran los mismos pasajes, en su mayor parte en otros contextos y distribuidos por capítulos diferentes.

La opinión de tiempos pasados, de que Jesús hubiera repetido las mismas palabras en situaciones diferentes, no responde ya al estado actual de la ciencia y tendría que conducir al supuesto, de ser llevada lógicamente hasta sus últimas consecuencias, de que Jesús hubiera repetido también en distintas ocasiones los mismos milagros ofrecidos por Mateo y Marcos-Lucas en contextos diferentes⁵⁹.

57. Mt 7,28; 11,1; 13,53; 19,1; 26,1.

58. Cf. com. a 5,25s.29s 34b-36; 6,7-15.22s; 18,12-14 y otros.

59. Por ej. la resurrección de la hija de Jairo, Mt 9,18-26 = Mc 5,21-43

Características literarias de Mateo

La más amplia de estas composiciones oratorias de Mateo es el sermón de la montaña, que va ofrecida en la primera ocasión posible dentro de la estructura de la obra y ocupa en su Evangelio el mismo lugar en que Marcos (1,21) menciona simplemente la predicación de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, primer discurso de Jesús mencionado en todo el Evangelio de Marcos. Su composición hecha a partir de diferentes pasajes independientes en su origen, será mostrada más adelante en el comentario a su texto.

En el discurso de las parábolas (cap. 13) ha reunido Mateo siete en lugar de las tres parábolas de Mc 4,1-34. El mismo número de siete es también decisivo en la composición del discurso contra los fariseos y los escribas⁶⁰.

En la instrucción a los discípulos (cap. 10) ha unido Mateo, una con otra, la elección de los doce (Mc 3,13-19) y su misión (Mc 6, 6b-13), añadiendo además otros pasajes referidos al tema de la profesión y el destino del discípulo.

Al discurso de la parusía ha hecho seguir aún cuatro parábolas, ofrecidas allí bajo el punto de vista de la exhortación a la vigilancia, que forma el tema final del discurso. Queda luego cerrado este gran capítulo escatológico con la descripción del juicio final.

Al sermón de la montaña, en que Jesús queda presentado como el maestro que enseña con plenos poderes, el evangelista ha hecho seguir en los cap. 8-9 un gran ciclo de milagros (10 exactamente) de Jesús. Ambas secciones, el sermón de la montaña y el ciclo de los milagros, forman en la idea del evangelista un todo completo; su propósito es ofrecerlos como una exposición en detalle de lo que sumariamente va contenido en las palabras: «Y recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando la buena nueva del reino y sanando en el pueblo toda enfermedad y toda dolencia»⁶¹. Consecuencia de esta agrupación sistemática del material es que la conexión lógica interna de las unidades así compuestas, sobre todo en el caso de los discursos de Jesús, es en muchos casos

60. Cf también la genealogía de Jesús 1,1-17.

61. Mt 4,23 = 9,35.

Introducción

muy débil, hecho que debe tenerse en cuenta para la interpretación del texto. En cierto número de casos, Mateo ofrece un mismo pasaje dos veces, en contextos diferentes⁶² o, al contrario, dos versiones de un mismo hecho, procedentes de tradiciones diferentes fundidas para formar una sola unidad⁶³.

Mateo no da importancia a la cronología de los hechos y ello hace que el enlace de unos pasajes con otros sea, en muchos casos, de carácter muy débil. El adverbio «entonces», empleado con tanta frecuencia⁶⁴ no puede ser entendido, por lo general como expresión de un dato temporal exacto, así como tampoco «en aquel día» o «en aquellos días»⁶⁵, o «en aquella ocasión»⁶⁶. Tales expresiones sirven únicamente al enlace externo de los diversos pasajes entre sí⁶⁷.

Desde el cap. 14 hasta el final de su obra va siguiendo Mateo el detalle, en el orden de exposición, del texto de Marcos. A pesar de ello vuelve a hacerse patente también en esta segunda mitad de su Evangelio su principio de ordenación sistemática, así en el cap. 18 y en 19,30, donde toma ocasión de la sentencia de los primeros y los últimos para introducir la parábola de los trabajadores de la viña. En lugar de una sola parábola, la de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12) ofrece Mateo tres (21,28-22,14); en lugar de las breves palabras de Jesús contra los fariseos y los escribas de Mc 12,38-40, el largo discurso que abarca todo el cap. 23, y el discurso de la parusía (Mc 13) queda en Mateo convertido, por la adición de una serie de pasajes de tema análogo, en una gran instrucción escatológica (cap. 24-25).

La escasa importancia que para Mateo ofrece la *cronología* de los acontecimientos queda claramente de manifiesto de manera especial en los cap. 4-9. Del día en Cafarnaúm de Mc 1,21-29 no ha

62. Cf. Mt 5,29s = 18,8s; 7,16-20 = 12,33-35; 9,32-34 = 12,22-24; 10, 17-21 = 24,9-14; de otro tipo son los duplicados 5,32 = 19,9; 10,38s = 16, 24s; 12,38-40 = 16,1-4 y 17,20 = 21,21; cf. *supra* p. 31s.

63. Cf. Mt 9,35-10,16; 12,22-37; 13,31s; 18,6s; 23,1-36.

64. Mt 2,16; 3,13; 4,1; 9,14; 12,22.38; 15,1.

65. Mt 13,1; 22,23; especialmente 3,1.

66. Mt 11,25; 12,1; 14,1.

67. Cf. especialmente el ciclo de los milagros cap. 8-9.

Características literarias de Mateo

quedado en él apenas rastro alguno ⁶⁸. En lugar de la predicación de Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, ofrece en seguida el sermón de la montaña, gran composición sistemática (cap. 5-7), y añade a ella otra nueva, el ciclo de los milagros, cap. 8-9. El marco en que va éste incluido sólo en apariencia es cronológico.

La misma falta de interés muestra Mateo por los *datos geográficos*. En la historia de la infancia menciona la ciudad de Belén sólo para poder remitir al cumplimiento de la profecía del AT (2,1-12). Éste es también el motivo por el que narra la huida a Egipto y el retorno de la sagrada familia a Nazaret (2,22s). También su dato del traslado de Jesús de Nazaret a Cafarnaúm «en los confines de Zabulón y Neftalí» (4,13-16) le resulta digno de mención sólo por el cumplimiento de la profecía de Is 8,23-9,1. Su falta de interés por la geografía queda probado por otra parte en 15,21.29 (junto a Mc 7,24.31).

A pesar de ello ha conservado Mateo el esquema histórico y geográfico de Marcos y ha introducido en él sus composiciones sistemáticas, sin que tampoco falten en su obra datos exactos de situación en no pocos pasajes en los que faltan en Marcos, o también en pasajes en los que no sigue el orden de Marcos como, por ejemplo, en el ciclo de los milagros, de ordenación sistemática, capítulo 8-9 ⁶⁹; tales datos de situación, a veces, a primera vista, dan a su Evangelio la apariencia de un relato de estricta construcción cronológica, mientras que en realidad sólo sirven para enlazar entre sí los distintos pasajes, circunstancia que prueba, precisamente, que este marco de la exposición de la actividad pública de Jesús es sólo una creación literaria artificial y que no pretende tampoco ser otra cosa.

El reverso del interés predominante mostrado por Mateo en la doctrina de Jesús lo forma el paso a segundo término de sus hechos. Cierta que Mateo también da cuenta de casi todos los milagros mencionados por Marcos y de algunos más; pero sólo la abundancia de material en dichos y discursos de Jesús ofrecida por Mateo

68. Cf. com. a Mt 4,23-25.

69. Cf. Mt 4,12; 8,1s.18; 9,1.9.27; 12,9.15.46; 13,1, y ~~espectivamente~~ espectivamente.com a 14,12s.

Introducción

en comparación de Marcos, hace ya retroceder su peso dentro del conjunto de su Evangelio a un segundo lugar. Por otra parte, por lo regular, la exposición de Mateo en estos pasajes es mucho más sucinta que la de Marcos y también que la de Lucas. En cada caso, al primer evangelista sólo le resulta importante el milagro como tal (o el hecho histórico de que se trate), como confirmación divina de la doctrina de Jesús y de la exigencia en ella contenida, pero no los pormenores históricos del suceso mismo. Todos los rasgos de que en alguna manera puede prescindirse, aun los nombres de personas ⁷⁰, han sido omitidos como innecesarios ⁷¹.

En tales relatos, por no perseguir en sí un fin narrativo, Mateo suprime, a veces, incluso personajes secundarios, hasta el punto de llegar a ser inexacto en su exposición ⁷². Ello hace que quede muy por debajo de Marcos en lo que se refiere a la vivacidad y plasticismo de la narración.

En claro contraste con su manera de tratar los pasajes narrativos está la piedad con que Mateo transmite las palabras del Señor; no sólo las ofrece íntegras, sino también con una gran fidelidad respecto a la forma en que se las ofrece la tradición. Por ello, en muchos casos, se da también una coincidencia casi literal, en los pasajes de palabras o discursos del Señor entre el texto de Mateo y el de Marcos o Lucas ⁷³.

Característica del primer evangelista es una preferencia por aplicaciones morales y resúmenes ⁷⁴, así como por repeticiones estereotipadas ⁷⁵.

La misma tendencia puede observarse en su práctica de asimi-

70. Cf. Mt 9,18 frente a Mc 5,22; 20,30 frente a Mc 10,46.

71. Cf. especialmente Mt 9,18-26 frente a Mc 5,21-43; 8,28-34 frente a Mc 5,1-20; 8,5-13 frente a Lc 7,1-10; 14,3-12 frente a Mc 6,17-29; 17,14-21 frente a Mc 9,14-29.

72. Cf. Mt 9,18-26; 8,5-13, y com. a 9,2.

73. Cf. Mt 3,7-10 = Lc 3,7-9; Mt 4,1-11 = Lc 4,1-13; Mt 8,1-4 par; 9,14-17 par; 11,2-19 = Lc 7,18-35; 11,20-24 = Lc 10,13-15; 11,25-27 = Lc 10, 21s; 23,37-39 = Lc 13,34s.

74. Cf. com. a Mt 18,14.

75. Cf. com. a Mt 7,28; 8,12; 11,1 y 18,23; además 4,23 y 9,35; 19,30 y 20,16; 24,42 y 25,23; 24,51 y 25,30.

Tiempo y lugar de composición

lación de textos de contenido análogo entre sí⁷⁶. Gusta, además, del estilo directo⁷⁷, introduce a veces sus textos por medio de una pregunta⁷⁸ y muestra una tendencia a la generalización⁷⁹ y a la amplificación⁸⁰.

En cuanto al lenguaje no queda el Mateo griego muy por debajo de Lucas; como éste evita también términos arameos y latinos y palabras del griego vulgar.

2. El *interés teológico y apologético* del autor destaca en el primer Evangelio en grado mucho más alto que en Marcos y Lucas. El propósito de su obra es demostrar que Jesús de Nazaret es realmente el Mesías prometido en el AT y ansiadamente esperado por los judíos. El reverso oscuro de este hecho lo forma la culpa, intensamente destacada, de los judíos, especialmente de sus dirigentes, que negaron la fe a su Mesías y le clavaron en la cruz⁸¹.

Esta finalidad de su obra está de manera constante ante los ojos del evangelista desde el primero al último capítulo de ella: Ya la historia de la infancia se ha compuesto desde el punto de vista de que Jesús es el Mesías preanunciado en el AT y rechazado por los judíos. La argumentación en favor de su tesis la realiza Mateo, en primer lugar, ofreciendo en su Evangelio las palabras y discursos de Jesús en que se ponen de manifiesto sus pretensiones mesiánicas y los milagros que las confirman (cf. 11,5) y, por otra parte, por la referencia continua al cumplimiento del AT en la vida y las obras de Jesús⁸².

76. Cf. Mt 3,17 y 17,5; 10,39 y 16,25; 12,39 y 16,4; 13,12 y 25,29; 14,20s y 15,37s; 17,20 y 21,21.

77. Cf. Mt 8,32; 10,9; 12,10; 13,10; 15,15; 16,22; 17,9; 18,1; 19,3; 21,33; 26,15.27.66 y par.

78. Cf. Mt 17,25; 18,12; 21,28; 22,17-42 y par.

79. Cf. Mt 21,20 = Mc 11,21 y com. a Mt 26,8.

80. Adición de «grandes», «mucho», «todos»; cf. Mt 8,32; 9,35; 13,56; 14,35; 15,37; 19,2; 20,29; 21,12; 24,8.33; 26,27; 27,1.22.

81. Cf. Mt 11,20-24; 12,39.41s; cap. 23, y especialmente 27,24s; también 27,62-66; 28,11-15 y los juicios de reprobación en 8,11s; 21,43; 23,37-39.

82. Las llamadas citas de reflexión, cf. Mt 1,22; 2,15.17.23; 4,14; 8,17; 12,17; 13,35; 21,4; 27,9.

Introducción

Para lectores judíos o judeocristianos, a quienes va dirigida, en primer término, la obra de Mateo, debía de tener, necesariamente, un peso especial esta comprobación de la profecía, pudiendo afirmarse que no existía un arma más poderosa para hacer frente a los ataques judíos. El que Mateo describa a Jesús principalmente como maestro de Israel, no quiere, con todo, decir que quiera presentarle sólo en el papel de maestro; la predicación de Jesús no puede separarse de su persona misma, o mejor, recibe precisamente su autoridad de la persona que habla con la pretensión de ser el Mesías y acredita esa pretensión por medio de sus obras (cf. 11,2ss).

El trasfondo judío del Evangelio se destaca de manera clara, y no en la descripción de la situación social y las corrientes religiosas por parte del evangelista — cosa que hubiera sido superflua para sus lectores —, sino en las palabras de Jesús mismo (cf. especialmente cap. 5).

La posición de Jesús ante la ley del AT, en otras palabras, la relación entre el orden de la ley del AT y el del Nuevo, cuestión de importancia fundamental sobre todo para lectores judeocristianos, queda expuesta, en el sermón de la montaña, con claridad no igualada por ningún otro Evangelio. Y si Mateo ha conservado algunas palabras de Jesús de tono «judaizante» — particularista —⁸³, también es verdad que destaca de manera no menos clara y categórica el universalismo del Evangelio, sobre todo en el orden de misión⁸⁴. Su obra, escrita para judeocristianos, no es menos universalista que la del helenista Lucas. Y esto solo es ya una prueba de que no ha «judaizado» el evangelio, la doctrina de Jesús⁸⁵.

Mateo no ha encontrado ningún género de contradicción entre estas dos clases de palabras de Jesús (judaizantes y universalistas). Tampoco por lo demás puede observarse en Mateo ninguna otra tendencia que falseara el evangelio auténtico. El rigor y la dureza con que queda destacada la culpa del judaísmo, en especial de sus dirigentes, no va en el fondo más allá de lo que encontramos tam-

83. Cf. Mt 5,17-19; 10,5s.23; 15,21-28.

84. Cf. com. a este pasaje Mt 28,19s.

85. La más judía de las palabras pronunciadas por Jesús llegadas hasta nosotros aparece también en Lucas (16,17 = Mt 5,18).

Características teológicas de Mateo

bién en Marcos y Lucas. Evidente es también que es en Mateo exactamente la misma que en Marcos y Lucas la actitud de Jesús ante el pueblo judío en general (cf. 9,36), ante los pecadores y publicanos⁸⁶, ante la masa del pueblo informe, incapaz de la fe (cf. 13,10-15) y finalmente ante los fariseos y los escribas (cf. capítulo 23).

Sobre todo no se encuentra en el primer Evangelio una cristología distinta de la que se halla en Marcos y en Lucas, ni más primitiva ni más elevada. El que Marcos presente a Jesús, sobre todo, como el Hijo de Dios en su poder, Lucas como el salvador de los pecadores y el amigo de los pobres y Mateo como el Mesías rechazado por su pueblo y fundador del nuevo pueblo de Dios de la Iglesia, no incluye ninguna distinción de hecho real. Jesús es también en Mateo como en los otros evangelistas el Dios hombre⁸⁷.

Hay un rasgo *pedagógico*, propio del primer evangelio, y asimismo del de Lucas: en él quedan suprimidos los movimientos de ánimo con alguna vehemencia⁸⁸, y algunas preguntas de Jesús⁸⁹, así como los casos en que Marcos habla de una intención de Jesús frustrada⁹⁰. Algunos otros pasajes que parecen menoscabar la dignidad de Jesús son modificados⁹¹ o suprimidos⁹². Inalterado se ha dejado 16,23 (= Mc 8,33) y 24,36 (= Mc 13,32), pasajes que faltan ambos en Lucas, así como la descripción (muy atenuada en Lc 22, 40-46) de la agonía de Jesús en Getsemaní⁹³.

86. Cf. 9,9-13; 21,28-32.

87. Cf. en especial 11,27 y 28,19s.

88. Cf. Mt 8,3 = Mc 1,43; Mt 12,12 = Mc 3,5; Mt 16,2 = Mc 8,12; Mt 19,14.15 = Mc 10,14.16; Mt 19,21 = Mc 10,21.

89. Mt 8,29 y Mc 5,9; Mt 9,22 y Mc 5,30; Mt 14,18 y Mc 6,38; Mt 17,14 y Mc 9,16; Mt 18,1 = Mc 9,33s; Mt 26,18b = Mc 14,14.

90. Cf. Mt 8,4 = Mc 1,45; Mt 13,58 = Mc 6,5; Mt 14,13 = Mc 6,31-33; Mt 14,25 = Mc 6,48; Mt 15,21 = Mc 7,24; Mt 17,22 = Mc 9,30; Mt 21,19 = Mc 11,13.

91. Cf. Mt 8,16 = Mc 1,34; Mt 8,25 = 4,38 (irrespetuosa pregunta de los discípulos); Mt 13,58 = Mc 6,6a (asombro de Jesús) y, especialmente, Mt 19,16s = Mc 10,17s.

92. Mc 3,20s.

93. Mt 26,36-46 = Mc 14, 32-42.

Introducción

También los discípulos son tratados con mayor consideración que en Marcos, aunque no tan consecuentemente como en Lucas, y su falta de comprensión («endurecimiento»), de la que da cuenta Marcos con la mayor naturalidad, queda omitida o atenuada ⁹⁴.

Especial interés muestra Mateo en poner de relieve que los discípulos no quedan igualados en su tratamiento con el pueblo, al que no le es concedido el conocimiento de los misterios del reino de Dios ⁹⁵. En cambio se han mantenido inalterados 16,22s ⁹⁶, 26,8s ⁹⁷ y el relato sobre la ambición de los hijos de Zebedeo ⁹⁸, que no podía ser separado de la instrucción siguiente sobre el espíritu del verdadero discípulo.

Con razón está considerado Mateo como el Evangelio típicamente católico, y no sólo por el horizonte universalista de su final; Mateo es también el único en haber conservado en relación con la confesión mesiánica de Pedro, las palabras de Jesús sobre la edificación de su Iglesia sobre el fundamento de Pedro, la promesa del primado (16,17-19), así como otra sentencia de Jesús referida expresamente a la Iglesia (18,18).

El motivo que hizo al Evangelio de Mateo, obra del judeocristiano, y no al etnicocristiano Lucas, gozar de un prestigio de rango preferente en la Iglesia antigua, a partir del siglo II ⁹⁹, sólo podemos suponerlo; el Evangelio de Mateo es el libro más utilizado, más citado y que ha ejercido mayor influencia; también el más comentado dentro de los del NT. Tal hecho se debe probablemente, junto a su mayor riqueza en material ofrecido, sobre todo de palabras y discursos de Jesús, en lo que apenas cede a Lucas, a la circunstancia de haber ocupado siempre el primer lugar en el canon, hasta donde se remonta nuestro conocimiento de la tradición, y a la de

94. Cf. Mt 13,18 = Mc 4,13; Mt 17,4 (Mc 9,6 falta); Mt 17,23 = Mc 9,32; Mt 19,24 (Mc 10,24 falta); Mt 20,17 = Mc 10,32; especialmente Mt 14,33 = Mc 6,51s y Mt 16,5-12 = Mc 8,14-21; también Mt 17,13.

95. Cf. com. a Mt 13,16.34s.51s.

96. Mc 8,32b-33; suprimido por Lucas.

97. Mc 14,71; atenuado en Lc 22,60.

98. Mt 20,20-23 = Mc 10,35-40.

99. *Doctrina de los doce apóstoles* y Justino

Tiempo y lugar de composición

llevar el nombre de un apóstol, no sólo el de un discípulo de un apóstol como Marcos y Lucas. El Evangelio de Mateo supera al de Marcos por su mayor extensión, al de Lucas por conservar en su Evangelio, de manera mucho más fiel que el libro del evangelista oriundo del helenismo, el olor de la tierra de Palestina y su estrecha conexión con el AT y el judaísmo en general.

4. *Círculo de lectores, tiempo y lugar de composición*

Es evidente y se acepta de manera general que el primer Evangelio se debe a la mano de un autor judeocristiano, versado en asuntos de Palestina y en las costumbres y concepciones religiosas de los judíos, y que dirige su obra a lectores judíos. El autor no necesita explicar a sus lectores usos y concepciones judías¹⁰⁰ y supone que éstos conocen sin necesidad que se les explique, por ejemplo, el sentido del nombre hebreo de Jesús¹⁰¹.

Los nombres de Emmanuel (1,23) y de Golgotha (27,33) quedan en cambio explicados y, lo que era de esperar en una obra escrita en griego, también las palabras del Sal 22 pronunciadas por Jesús en la cruz van acompañadas de una traducción (27,46). El carácter judeocristiano de su autor lo denota también el uso constante de la expresión «reino de los cielos»¹⁰², así como la designación, de influencia judía, de «el Padre en el cielo»¹⁰³ para nombrar a Dios.

El evangelista se dirige a lectores judeocristianos con la intención apologética de defender la dignidad mesiánica de Jesús frente a los ataques del judaísmo incrédulo, que le son bien conocidos (cf. 28,15). La culpa de esta incredulidad judía va fuertemente destacada (cf., sobre todo, 27,24s). Pero el lugar donde haya que buscar el círculo de los lectores del Mateo griego, si en Palestina o en la diáspora de Oriente, quizás en Antioquía de Siria, tiene que quedar

100. Cf. Mt 15,1 junto a Mc 7,1-4; Mt 26,17 junto a Mc 14,12; Mt 23, 5.27.

101. Mt 1,21; cf. también 5,22; 10,25; 27,6.

102. En lugar de «reino de Dios»; cf. com. a Mt 4,17.

103. O «el Padre celestial»; cf. p. 180 y también com. a Mt 9,20.23.

Introducción

indeterminado; la lengua griega no lo hacía inútil para lectores de Palestina y le aseguraba, por otra parte, una extensión y una posibilidad de acción más allá del círculo de sus primeros destinatarios.

El original arameo de que da noticia la antigua tradición cristiana, utilizable sólo para lectores de lengua aramea, esto es, de Palestina, puede haber sido escrito, según testimonia Eusebio¹⁰⁴, antes que Mateo abandonara aquel país. La noticia contradictoria de Ireneo¹⁰⁵, de que Mateo «publicó entre los hebreos un Evangelio en su propia lengua, mientras que Pedro y Pablo predicaron el Evangelio en Roma y fundaron la Iglesia» (se entiende, no antes del año 61), no puede ser considerada como digna de crédito en cuanto a la fecha en ella contenida.

Para la obra griega, que es la única que ha llegado a nosotros, puede limitarse con bastante precisión (mediante un *terminus post quem* y un *terminus ante quem*) el espacio de tiempo de su posible redacción. Los pasajes de 27,8 y 28,15 presuponen considerable espacio de tiempo transcurrido desde la muerte de Jesús, cosa que no significa aun que la obra no haya podido ser escrita por ejemplo antes de entre el año 80 y el 100. Para fijar un término hacia atrás es de importancia decisiva la dependencia de Mateo con respecto al Evangelio de Marcos, escrito no antes de la mitad del decenio del 60 al 70. Por este motivo no puede ser más antiguo que la obra de Lucas, esto es, no puede haber sido compuesto antes del año 70 aproximadamente.

Para la limitación de la época de composición hacia adelante es de significación un pasaje en la parábola del banquete de bodas real (22,1-14). Los versículos 22,6s, que alteran en alto grado el curso de la narración y que faltan en el texto paralelo de Lc 14,16-24, según los cuales el rey airado por la muerte de sus siervos envía su ejército contra los asesinos, haciendo darles muerte e incendiar su ciudad, sólo pueden ser entendidos como una ampliación de tipo alegorizante del evangelista; en este caso es indiscutible que Mateo tiene ante su vista el hecho ya histórico de la destrucción

104. EUSEBIO, HE III, 24,6.

105. San IRENEO, Haer. III, 1,1.

El Mateo griego y el original arameo

de Jerusalén, la ciudad de los asesinos de los enviados de Dios, y ha escrito su obra después del año 70. A partir de esta situación hay que entender seguramente también la supresión de las palabras de «(una casa de oración) *para todos los pueblos*», de la cita de Is 21,13 (a diferencia de Mc 11,17). El templo había cumplido ya entonces su función en la historia.

5. *Relación del Mateo griego con el original arameo*

Al no habernos sido conservado el original arameo del que habla la tradición cristiana antigua no puede decirse otra cosa sobre esta cuestión, sino que el título de la obra griega «según Mateo», atestiguado por la tradición de la Iglesia, sería inexplicable, si no tuviera ésta relación alguna con el Evangelio arameo del apóstol Mateo. No puede impugnarse seriamente que Papías, con su noticia sobre las «palabras del Señor» recogidas en lengua «hebreá» por Mateo, se refería, al mismo tiempo, al Evangelio griego que lleva el nombre del mismo autor, y que tenía a éste por una de las diversas traducciones griegas del original arameo por él mencionadas.

En la crítica protestante, aun en la de dirección conservadora, se impugna, desde hace unos 150 años, cada vez de manera más unánime, la existencia de un original arameo. Sólo la posibilidad de que el apóstol Mateo fuera el autor de una colección, aramea en su origen, de palabras del Señor (la fuente Q de la teoría de las dos fuentes) es admitida por un número más considerable de exegetas. Esta fuente empleada en el Evangelio griego de Mateo sería lo que daría motivo para que éste llevara, con cierta razón, el nombre del apóstol Mateo.

No puede considerarse como principal argumento, en contra del origen apostólico del Mateo griego, que la corrección absoluta de su idioma impida ver en él la traducción de un original semítico. En realidad, semejante tesis se propasa de su meta, ya que entonces tendría que ser negada también la autenticidad, esto es, la historicidad de todas las palabras del Señor en él contenidas, que, en todo caso, fueron pronunciadas en arameo. La libertad con que

Introducción

el autor maneja la lengua griega (con empleo a veces de juegos de palabras)¹⁰⁶ y las citas tomadas de los LXX (con excepción de las llamadas citas de reflexión) son sólo una prueba de que la traducción no ha sido una traducción servil y que el traductor ha seguido intencionadamente el texto de los LXX, al igual que la mayoría de los demás autores del NT. Con todo, un difícil problema consiste en que una parte de estas citas, y precisamente las llamadas citas de reflexión, características del primer Evangelio, presentan un texto independiente del de los LXX.

Totalmente problemático se hace por otra parte el testimonio de Papías sobre el Mateo arameo y la relación con él del primer Evangelio canónico, al considerar el Mateo griego en relación con la cuestión sinóptica, ya que entonces resulta, con claridad innegable, que el Mateo griego ha sido creado fundamentalmente a partir de fuentes griegas. Una de ellas fue Marcos, la otra un escrito, que no conservamos, conteniendo sobre todo, palabras del Señor, utilizado también por Lucas.

L. Vaganay ha intentado, con gran ingenio y minuciosidad, echar abajo este resultado de una crítica literaria libre de prejuicios y sustituirlo por una nueva hipótesis, que pretende estar en mejor relación con el testimonio de la tradición cristiana antigua sobre Mateo, pero su intento no puede considerarse logrado. También él llega por otra parte a la conclusión de que el Mateo griego no es una simple traducción del escrito arameo del apóstol Mateo.

6. *El decreto de la Pontificia Comisión Bíblica*

Un decreto de 19 de junio de 1911 de la Pontificia Comisión Bíblica declara que el original arameo de Mateo no fue una simple colección de palabras o sentencias del Señor, sino un verdadero Evangelio, que no fue compuesto después del año 70, que su contenido es digno de crédito y que el Mateo griego es idéntico, en su esencia, con el original arameo.

106. Cf. Mt 6,16; 21,41; 24,30.

BIBLIOGRAFÍA

Comentarios católicos modernos:

- M.J. LAGRANGE, *Évangile selon Saint Matthieu*, París ¹1948.
F.X. PÖLZL, *Kommentar zum Evangelium des hl. Matthäus*, edición de
TH. INNITZER, Graz ⁴1932.

Sobre el sermón de la montaña:

- TH. SOIRON, *Die Bergpredigt*, Friburgo de Brisgovia 1941.
J. STAUDINGER, *El sermón de la montaña*, Herder, Barcelona 1962.

Comentarios protestantes:

- TH. ZAHN, *Das Evangelium des Matthäus*, Leipzig ⁴1922.
E. KLOSTERMANN, *Das Matthäusevangelium*, Tübinga ³1938
A. SCHLATTER, *Der Evangelist Matthäus*, Stuttgart ⁴1959.
W. MICHAELIS, *Das Evangelium nach Matthäus*, Zürich 1948ss.

Sinopsis:

- [M.J. LAGRANGE, *Sinopsi Evangelica*, Barcelona 1926 (en griego).]
J. LEAL, *Sinopsis concordada de los cuatro Evangelios*, Madrid 1954.
B. DE SOLAGES, *Synopse grecque des Évangiles*, Leiden 1959.
A. HUCK, *Synopse der drei ersten Evangelien*, Tübinga ¹⁰1950 (en griego).
J. SCHMID, *Synopse der drei ersten Evangelien*, Ratisbona ³1960 (en alemán).
K. ALLAND, *Synopsis quattuor Evangeliorum*, Stuttgart ³1964 (en griego).

- (H.L. STRACK y) P. BILLERBECK, *Kommentar zum NT aus Talmud und Midrasch*, 6 tomos, Munich ²1954-1961.
C. KOPP, *Die heiligen Stätten der Evangelien*, Ratisbona 1959.

